

3.^a Elevación de los precios del café, henequén y tabaco en el extranjero.

4.^a Depreciación de la plata.

En el porvenir, ¿cuáles de estas causas pueden modificarse?

La cuarta, no creo que se modifique por lo ménos en 20 años. La tercera ya se modificó pues los precios del café han bajado notablemente y debe bajar dentro de dos ó tres años el del henequén, aunque no creo que mucho. El tabaco ha bajado también de precio por el restablecimiento de la paz en Cuba. Una vez que el henequén haya bajado de precio, creo que el fracaso del café, del tabaco y del henequén importará á lo más una pérdida de quince millones de pesos plata en nuestra exportación, pues siempre seguiremos exportando aunque en menor cantidad henequén, café y tabaco. Esta disminución en la exportación fácilmente la compensará el continuo desarrollo de la minería.

Respecto á la construcción de ferrocarriles tiene que continuar más ó menos activamente mientras dure el actual gobierno y después lo más que puede suceder de malo, es que no se construyan ferrocarriles.

Solo es pues posible que decaiga el progreso de México y que se llegue al pavoroso canibalismo burocrático, por la acción personal del gobernante ó de los gobernantes que sucedan al actual. Creer que después que termine la administración del presidente Díaz, continuará un gobierno institucional es un grave error. Para el gobierno institucional de gran talla y capaz de evitar el *canibalismo burocrático*, no tenemos elementos, ni los tendremos en treinta años y no los tendremos nunca si el progreso ya adquirido viene abajo, pues entonces antes de medio siglo habremos dejado de existir como nación.

Preveer cuál y cuáles serán los sucesores del actual presidente, no es posible, ni debe intentarlo ningún escritor sério que respete á sus lectores.

* * *

Fuera del gobierno veo un grave peligro para el presente y para el porvenir.

No tenemos nada bueno que esperar de la agricultura tropical para nuestras exportaciones. Creo haberlo probado fría y correctamente.

Nuestra agricultura extratropical está en decadencia, no en progreso, como lo prueba la comparación de las estadísticas del gobierno federal publicadas en 1877 y 1897. Esta decadencia está comprobada por el precio medio del maíz por quinquenio ó década que asciende constantemente. En la ciudad de México el precio medio del maíz en veinte años y no obstante los ferrocarriles asciende á

\$3.45 cien kilos

y los americanos lo venden en Kansas á dos pesos setenta centavos plata los cien kilos.

¿Cómo es que los Estados Unidos con jornales en plata de tres pesos pueden producir maíz más barato que México con jornales de veinticinco centavos? El rendimiento de trabajo del jornalero mexicano sin máquinas solo es inferior á poco menos de la mitad del que desarrolla el jornalero americano; dos jornaleros mexicanos desarrollan en la zona extratropical el mismo trabajo que un jornalero norte-americano. Aún cuando las máquinas reduzcan el pago de jornales á la tercera parte, seis jornaleros mexicanos trabajan tanto como un jornalero americano con todo y máquinas durante toda la cultura del maíz. Estas cifras son exageradas en contra del jornalero mexicano y aún así, tenemos:

Jornal de seis mexicanos en cultura de maíz.....	\$ 1.50
De un americano.....	„ 3.00
Máquinas para el americano, costo de su uso.....	„ 0.75

Y ni aún así podemos competir en precio con la producción norte-americana de maíz.

La razón es ésta: nuestra población aumenta y nuestras tierras próximas á los centros de consumo marchan rápidamente á su agotamiento. Dentro de diez años, á más tardar dentro de quince, el precio medio del maíz será cuatro pesos hectólitro, y sin subir el jornal agrícola extratropical, nuestras masas rurales serán carcomidas lentamente por el hambre y buscarán más que nunca fuerzas ficticias en el aguardiente.

Tierras nuevas y fértiles no faltan lejos de los viejos centros de consumo; ¿pero quién es capaz de ponerlas en cultura? ¿Nuestros hacendados? Solo que estuvieran locos. El alza de precio del maíz es suficiente para compensar al hacendado la reducción de cosechas y dejarle buenas utilidades. A todo productor le tiene cuenta la escasez de sus productos que eleva enormemente su precio. ¿Cómo es posible admitir que los hacendados, se dediquen á buscar tierras nuevas para hacer competencia á sus decadentes fincas actuales valorizadas en precios fabulosos?

En ninguna parte del mundo los agricultores nacionales poseedores de grandes fincas de campo, procuran arruinar éstas con rudas competencias. Las tierras nuevas tienen que ser puestas en cultura por la inmigración, y sin ella, nos espera el hambre lenta pero continua que aniquilará nuestra población.

Esto es en el porvenir, veamos en el presente. Ya hemos tenido años en que hemos importado cerca de catorce millones de pesos oro, de maíz americano. Una mala cosecha nos puede llevar á una importación de veinte ó treinta millones de pesos oro, que en plata hacen más de sesenta; con lo que se pondrán en crisis los bancos, en quiebra la mitad de nuestras industrias y en agonía el comercio exterior. Nadie tiene derecho á confiar en la política de las nubes y en otro tiempo había malos años, pero los buenos dejaban reservas hasta para dos malos. Hoy no es así, la cosecha de

uaiz del año pasado fué bastante buena, la de este será regular y sin embargo hoy día 17 de Octubre, el maíz al menudeo está á

§2.88 hectólitro.

lo que es bastante alto. Un país sólido no debe reposar sobre un grano alimenticio exclusivo, debe tener por lo menos dos y no es posible el desarrollo de la industria nacional cuando á las masas nacionales apenas les alcanza su jornal para mal comer. Creer que con agricultura alimenticia cara, puede la industria exportar, es un enorme error. Lo he dicho antes; no existen países industriales con alimentación popular cara. Si no resolvemos á tiempo el problema agrícola, el gobierno y la sociedad tendrán que lamentar consecuencias trascendentales para nuestro progreso y salvación de nuestra nacionalidad. Yo fío únicamente la salvación de nuestra independencia al trabajo nacional, que haga al pueblo numeroso, rico y fuerte. Con armar á la debilidad aunque esté decidida á sacrificarse, se consigue salvar el honor y perder la patria.

El problema de la inmigración es para México, como para Chile, Argentina y Brasil, una cuestión de vida ó muerte; olvidarlo es resignarse á perecer en más ó menos tiempo

La humanidad progresa contrariando las leyes divinas. La primera fundamental de ellas es, que el clero debe gobernar al mundo por medio de la intolerancia y la miseria social y el mundo se ha salvado contrariando este art. 1º del código supremo divino: Pero no hay poder que pueda impunemente contrariar las leyes económicas. Los *principios abstractos* producen sobre ellas el efecto de una golondrina pateando la enorme cúpula del panteón de Agripa para derribarla.

Para hacer en sólo un año en México una república federal correcta, imperecedera, asegurando la paz y el progreso indefinido y garantizando los *derechos individuales*, nunca como los países sajones, pero si mejor que en el país latino más avanzado; se necesitan solamente tres hechos económicos: Una producción anual mínima de quince millones de toneladas de carbón de piedra; que el total de las rentas de los Estados no sea inferior al 60 por 100 de las rentas federales, y que éstas no bajen de ochenta millones de pesos plata al año. El ideal de los federalistas de 1857, se realizaría en un año, quisieran ó no los gobernantes, el partido clerical, los jacobinos y sea cual fuere la indiferencia política de nuestras masas populares, siuviésemos:

Elementos positivos de la república federativa en México.

Rentas federales anuales.....	§	80,000,000
Rentas anuales de todos los Estados, mínimum.....	,,	60,000,000
Producción anual de carbón de piedra, mínimum..	toneladas.	15,000,000

Con dichos elementos tendría verificativo la Federación mexicana (no democrática) aun cuando la *Constitución política* instituyese la monarquía absoluta ó la dictadura, en *tres mil artículos*.

En cambio, si un gobernante en la América latina con el poder de Carlo Magno ó Pedro el Grande, se empeña con sólo leyes en hacer una república federal correcta, sólo consigue perder el poder y tal vez la vida y entrar á la historia á brillar entre los imbéciles más conspicuos. Contrario á lo que creen los jacobinos, no está en el poder de un hombre transformar durante su vida á una nación obra de centenares de siglos. Se puede violentamente demoler pero organizar naciones fuera de sus propias leyes naturales es la más ruinosa, la más estúpida y desgraciadamente la más aceptada de las utopías. ¿Felipe II hubiera podido fundar la libertad de cultos en España sin que católicos y protestantes lo hubieran calcinado en una hoguera? Si el Czar de Rusia seducido por la Constitución de los Estados Unidos se resolviera á plantearla en su imperio, sería inmediatamente asesinado y borrado su nombre, no sólo de entre los reyes, sino de la gran lista de los seres humanos. Para las masas rusas, Washington es un animal más pernicioso y repugnante que las serpientes negras y babosas de la India. Proponedle á un cosaco los *derechos del hombre* é indignado os atravesará con su lanza.

El jacobinismo juzga las cosas de otro modo: Para hacer de Rusia una democracia como la de los Estados Unidos, bastaría con decapitar al Czar y á diez mil nobles, con una buena traducción en ruso de la Constitución de los Estados Unidos y un tiro de un millón de ejemplares. Con un caldoso espacioso como salón de baile público, un folleto y una *imprensa*, se transformaría al pueblo ruso. El jacobino tiene un criterio especial; deben según él, *hacerse hombres para las instituciones, y no instituciones para los hombres*; no se compromete á gobernar con los hombres actuales, necesita de los que en parte alguna existen. Los jacobinos verdaderos se lamentan en sus periódicos del fracaso de sus instituciones por culpa de los presidentes de las repúblicas que no han querido acatarlas. De manera que las instituciones jacobinas sirven para que los gobernantes acaten las leyes cuando quieran; tales instituciones regían á los perros cuando se les amarraba con salchichas.

En semejante criterio hay dos errores: Primero; las instituciones políticas son artificios legales, para producir con la indiferencia, resistencia ó acciones dominantes en la sociedad determinados resultados. El valor de una institución no se considera bueno, porque tal institución esté de acuerdo con la moral ó el patriotismo. El reglamento de la Sociedad de Geografía y Estadística está de acuerdo con la moral y el patriotismo, y es desastroso para regir un convento de capuchinos, un banco agrícola ó un regimiento de cosacos. Una institución es buena, cuando por su medio se obtienen los resultados apetecidos. No lo creen así los jacobinos verdaderos; fracasan siempre y en todas partes del mundo, pero no de isten, su principio radical es el siguiente: tenemos magníficas instituciones para mantener á los gobernantes.

tes en sus deberes siempre que ellos quieran.» Tan hermosa afirmación puede formular las instituciones para que los pobres se vuelvan ricos, bastará con que los ricos quieran cederles sus riquezas.

La verdad no siendo para las matemáticas, la química, la astronomía, la mecánica, casi no sirve en el derecho, ni en la política. El mundo ha sido y es gobernado con mentiras. Las religiones son una mentira y han sido gran sistema de gobierno; la fuerza material del Estado en las monarquías es una mentira y los pueblos han vivido siglos estropeados por la monarquía; el sufragio popular es otra mentira, que gobierna en todos los países civilizados. La verdad sólo sirve para demoler con ó sin sentimiento de terror en el pueblo contra lo que debe demolerse. Mientras los pueblos adoren las mentiras, la razón nada puede para salvarlos. No se conoce todavía una sociedad gobernada por la verdad.

¿Quiere decir que entonces hay que buscar en sociología la *ley de las mentiras*? No, porque lo que ha gobernado en realidad al mundo no son las mentiras; sino *las leyes económicas*, que durante millares de años han imperado sin nombrarse, sin revelarse á nadie, sin tomar forma personal regia ó pontifical. Ese gobierno ha sido muy contrariado por las *mentiras aparentemente* gubernamentales, y por tal motivo la humanidad ha sufrido mucho más de lo que debía.

* * *

Algunas personas ilustradas en México, y sobre todo los extranjeros, creen en la posibilidad de una guerra civil cuando cese el actual estado de cosas. Tal temor no tiene más que una probabilidad remotísima; una pérdida grande de cosechas de maíz ó una sucesión de pérdidas suficiente para determinar una gran crisis industrial y comercial que ocasione en el gobierno el estado de disolución por falta de pago de seis meses de quincenas. Pero esta desgracia puede ocurrir también mañana; es una amenaza con la que debemos contar mientras no resolvamos por la inmigración nuestro gran problema agrícola.

La paz en las naciones latinas es la sumisión de las clases profesionales, revolucionarias por estudio, porque en toda sociedad representan el elemento progresista, y todo progreso es por su naturaleza revolucionario; en cambio del aseguramiento de su existencia con los capitales de la industria y del comercio y sobre todo, con los fondos públicos. La penuria del erario en nuestra América, siempre ha sido un alarido de guerra civil, resonante en todas las demás clases sociales, y causa vértigo oír la fúnebre frase que ha derrocado á nuestros gobiernos: *los negocios no marchan!* Esta frase no en boca de una banal prensa de oposición que la pronuncia todos los días, sino en la boca de los hombres de negocios, ha sido y será la sentencia de muerte de la paz pública.

¿Ha habido en México realmente revoluciones de principios? Sí, pero para una revolución de principios es preciso ante todo que haya principios. En México, los viejos principios conservadores ya no inflaman á nadie; las personas ilustradas van con igual indiferencia á la función religiosa que los *libre pensadores* dedican cada año á la Virgen de Guadalupe, como á una *tenida masónica*, ó á un concierto eclesiástico ó protestante. Los jacobinos verdaderos tienen simple afecto por sus principios, pero están casi seguros de no encontrar en el curso de un millón de años á los hombres especiales para ellos. Los llamados *científicos*, entre los que me cuento, están convencidos de que la organización económica impone irresistiblemente la organización política, y que para modificar ésta es indispensable transformar aquella; en consecuencia, sus principios se reducen á desear y sostener un gobierno probo que desenvuelva lo más rápidamente posible la riqueza pública.

Principios nuevos no los hay hoy, ni quien quiera hacerlos, los sabios, como los tontos, los ricos como los pobres, estamos cansados de *principios* que no representan la conciencia económica de la sociedad. Pero si las revoluciones de principios en México son casi imposibles antes de treinta años, si pueden ocurrir las del *hambre*, que en la América latina son frecuentes. No hablo del hambre de las masas populares, que cuando no pueden comer beben, y cuando no pueden beber mueren sin ruido y sin epitafio, caso de pérdida parcial importante de cosechas. Hablo del *hambre terrible* de las clases medias cuando la industria entra en crisis y el erario público en bancarrota.

En la América latina hay dos grandes motivos de revoluciones y ruina nacional, con el mismo origen; el famelismo de las clases medias, que como he dicho, tienen que ser fisiológicamente revolucionarias mientras la sociedad ó el Estado, ó ambos no les proporcionen medios de subsistencia. En un caso, la sociedad teniendo sólo una industria miserable encomienda al Estado la misión de hacerse cargo de las clases medias, sobre todo, de la muy abundante profesional. Si el Estado no puede llenar su misión por su indigencia, entonces los famélicos se dividen en dos bandas de buitres como en el Perú, ocupando alternativamente el poder por medio de revoluciones poco sangrientas y con el objeto de devorar lo que el fisco debatiéndose con furia ó insensatez logra atrapar.

En Bolivia no hay ni siquiera la organización de las bandas de foragidos, allí existe por la falta de *quincenas*, un tumulto burocrático que cuando llega al paroxismo asesina con cualesquiera de sus manos al Presidente de la República, y en menos de medio siglo van once asesinados, proporción más fuerte que la del antiguo imperio romano y la de todos los países mahometanos.

Es fácil conocer á primera vista cuando una nación de la América latina se encuentra en la situación lamentable de Perú y Bolivia, sin leer su historia antigua ó contemporánea; basta examinar sus presupuestos

Cuando los ingresos efectivos no se elevan á un peso oro por habitante, el régimen de gobierno, es el *tumulto burocrático perpetuo* con producción de guerras civiles casi sin interrupción y horribles asesinatos de personajes.

Cuando no hay industria que ayude al erario público á soportar y satisfacer el famelismo de levita, entonces, si las rentas públicas no llegan al año á dar cuatro pesos oro por habitante, se realiza el caso del Perú, el gobierno alternativo de dos bandos de buitres aplicados á la mezquina producción del país.

En los países de la América latina que llegan á desarrollarse hasta tener el Estado con ayuda de la industria y el comercio la posibilidad de sostener á la terrible clase revolucionaria y de aplacarla por medio de la práctica metódica y continua de los principios culinarios; se producen dictadores enérgicos que salvan al país de la anarquía y lo hacen progresar mientras llega el inevitable canibalismo burocrático estilo república Argentina y digo *inevitable*, porque está en lo imposible una sucesión de grandes dictadores enérgicos y probos. Al primer dictador débil y crapuloso surge el *canibalismo* y contra él no sirven minas de oro, ríos de diamantes, mantos de carbón de piedra de millones de leguas y valles como el que poseen los norteamericanos entre las montañas Rocallosas, los Appulaches, el Golfo de México y los lagos del Norte. Con esas riquezas y otras aún no imaginadas la miseria tiene que apoderarse de los *pobres pueblos ricos* sometidos al *canibalismo*.

Ya he dicho que el canibalismo burocrático lo practica la Argentina en primer lugar, y que este régimen no es más que la exageración del planteado en Francia por la funesta república parlamentaria. Cuando el Estado se corrompe, es indispensable un corruptor de primer orden, y entonces surge lo que los franceses con terror y cólera llaman el *Sindicato judío*, estupenda maquinaria de corrupción, deshonra y muerte de los pueblos latinos que llegan á tener riquezas. *El Sindicato judío* no es la «*Mecánica Celeste*» de Laplace, sino la «*Mecánica Panamista*» de José Reinach, de Cornelio Herz y del famoso Arton. La trinidad que encabeza el gran aparato de corrupción nacional llamado *Sindicato judío* dividía admirablemente sus delicadas y semíticas funciones en Francia.

Reinach se entendía con los ministros, era el hombre de los *grandes golpes*, que costaban millones de francos. Cornelio Herz, se distinguía por su amabilidad esquisita con los jueces; á un presidente de corte de apelación le prestó sobre una finca del valor de trescientos mil francos un millón doscientos mil francos colocados en segunda hipoteca. A otro presidente también de corte de apelación, le compró una quinta del valor de cien mil francos en quinientos mil. Pero el principal era Arton, la verdadera alma del Sindicato. Arton había organizado un regimiento de duelistas con todo género de armas; florete italiano, puñal corso, navaja sevillana, rifle boero, espingarda árabe, alfanje turco. El que escribía contra el Sindicato recibía una

gran carga de pedradas ó sean injurias de la *Corte de los Milagros* de la prensa parisiense que manejaba Arton; y una vez terminada la carga de las pedradas, seguían los duelistas; si el imprudente escapaba con vida seguía la policía, los envenenadores, el mundo oficial, el bancario, el judicial, en una palabra, se desplomaba sobre el irreverente toda la indignación falsa de Francia, pero tan ruidosa y potente como si hubiera sido verdadera.

Arton tenía otra especialidad, era el encargado de los banquetes al mundo oficial más activo y una vez terminada la comida, los invitados pasaban al salón de juego, donde sucedía lo contrario que en todas las *partidas* que no son de *Sindicato judío*. En la partida de Arton todos los puntos ganaban forzosamente. Hábiles tahures agentes del Sindicato tenían perfectamente domesticada á la *casualidad* como á los *perros sabios* de los circos norteamericanos. Arton se encargaba también del amor, del amor serio se entiende, de preferencia el adúltero; á los ministros les ofrecía toda clase de mujeres, de todas las razas, posiciones y temperamentos. El Sindicato judío no dejaba vicio sin ración plétórica.

El *Sindicato judío* con más ó menos atractivo que el manejado por Arton, es un aparato indispensable en todo Estado que se corrompe. No conozco toda la organización del *Sindicato judío* argentino, porque la prensa de esa nación no escribe frecuentemente en su primera plana: «*Revelaciones*» nombre con que se anuncia en una república parlamentaria un «*Panamá*», con la poderosa instrumentación de los «*Hugonotes*» ó la «*Africana*».

En las peores épocas para México, cuando bajo la corrupción de una dictadura vandálica, el agio ha tenido un trono en nuestra administración, hemos llegado á tener *judíos*, jamás hemos descendido hasta ser gobernados por un Sindicato judío. En el presente de México el agio no existe, y la gestión financiera está en pureza á la altura de la más honrada del mundo.

* * *

México goza de una situación financiera excelente que con justicia le ha conquistado un gran crédito; ¿pero cuánto tiempo durará esta paz con crédito, trabajo y riqueza? La infidelidad de las nubes, como lo he indicado, es causa probable de crisis en la alimentación pública por degenerar cada día más la agricultura extratropical, aumentando por otro lado la población. Este peligro es fácil conjurarlo con obras de irrigación, seguidas de una buena inmigración. No es necesario que toda la agricultura del país tenga lugar por irrigación, ni necesitamos urgentemente exportar efectos agrícolas; bastará producir de trigo la tercera parte de lo que producimos de maíz actualmente, para nulificar el mal efecto de los deficientes por pérdidas de cosechas. En ocho ó diez años de obras de irrigación y de acción colonizadora quedaría salvada la república de las crisis probables de hambre parcial.